

«INFORMACION Y DERECHO DE REPLICA»

Las noticias y los comentarios periodísticos pueden producir, por error y aún por intención, perjuicios en el honor o en la dignidad de los particulares. Toda lesión injusta de terceros origina la responsabilidad civil en el autor e impone la reparación del perjuicio producido. Si éste se ha causado a través de un órgano informativo, las especiales características del medio de producción del daño aconsejan como forma más sencilla y completa de reparación la de permitir al perjudicado, si así lo quiere, que inserte sus propios argumentos en el periódico en que el daño se ha producido, operando sobre el mismo sector de lectores y neutralizando así el perjuicio ocasionado. Ésta es la esencia del derecho de réplica, cuyo tema es abordado en el libro, recientemente publicado, cuyo título encabeza estas líneas.

La obra de Francisco Sobrao (1) lleva a cabo un detenido estudio del tema en la literatura extranjera, legislación comparada y jurisprudencia francesa e italiana, junto a un completo análisis de la legislación española, la un tanto abundante jurisprudencia de nuestro Tribunal Supremo y las decisiones del Ministerio de Información y Turismo resolviendo los recursos de alzada interpuestos. Con un gran sentido de la realidad práctica unido al preciso rigor científico, en «Información y derecho de réplica» se examinan muchos de los problemas que el ejercicio de la réplica puede plantear, desde su fundamento y naturaleza jurídica, la determinación de los sujetos activo y pasivo, requisitos para el nacimiento del derecho, condiciones en que éste ha de ejercitarse y cumplirse así como las causas impeditivas y extintivas, hasta la tutela del mismo, tanto en su fase declarativa como en la sancionadora en caso de incumplimiento; con un último capítulo dedicado al derecho de réplica en Radiodifusión y Televisión. Puede afirmarse que la obra de Sobrao es un trabajo completo y profundo, de gran interés para los profesionales del Derecho y de la Administración, periodistas y para todos aquellos interesados por los temas informativos. ■

(1) Francisco Sobrao: «Información y derecho de réplica». Editora Nacional, 218 páginas.

entregas literarias de Agustín Millares Sall, uno de los más representativos y constantes creadores poéticos— junto con Pedro García Cabrera— de la poesía española en las islas Canarias, desde la oscura sombra de la posguerra hasta nuestros días más jóvenes: los de ahora. La poética de Millares no es sustancialmente producto del conocimiento y el estudio—tantas veces residual— del poema, sino hija de la circunstancia histórica, voz detonadora de ecos políticos y sociales, poética desencadenada por la ideología—previa en Millares a la poética misma— que se enrosca en la propia creación con unos presupuestos que no tienen ningún recato al sobrepasar los límites de la simple estructura literaria, creadora, artística, sino que es en sí misma la base fundamental del poema de Millares. De ahí, tal vez, su descuido de la forma poética, del cómo. De ahí, quizá, su afán persecutorio por el emblema ideológico, el qué.

En el año 67 se publica *Poesía unánime*, volumen donde se recogen los más importantes poemas de Agustín Millares y donde se observa claramente la vena política de Millares, que es, desde sus principios, una de las voces más fuertes de la mal llamada poesía social. *Poesía unánime* (3) no deja lugar a dudas en cuanto a la dialéctica poética de su autor: la poesía es un arma cargada y dispuesta para ser lanzada contra o a favor de empeños socio-políticos; la poesía no puede permitirse lujos—según decían entonces—; es un medio para, no un fin en sí mismo. Millares recoge en este volumen sus poemas vivos, los que aún contienen la sangre libre y los ojos parpadeando, los que aún tienen una dialéctica válida, y una conciencia clara enca-

(3) *Poesía unánime*, de Agustín Millares Sall, Colección Hoy por Hoy, Las Palmas de Gran Canaria, 1967.



Agustín Millares Sall.

minada a la superación de las contradicciones de clase. La forma poética (desde 1944 a 1966, fechas límites de los poemas encuadrados en *Poesía unánime*) es secundaria; la poesía de Millares prescinde de los gestos—también mal llamados, entonces y ahora— «ociosos» para enraizarse en la epicidad de la didáctica más clara, más necesaria—entonces—. Y ello no es una crítica, sino un comentario. Algunos de los más importantes poetas de la generación del 50—Ángel González, José Ángel Valente, por ejemplo— iniciaron su trayectoria poética a partir de los mismos presupuestos—y prejuicios, tal vez— que Agustín Millares. Cada uno escogió posteriormente su forma de expresión, su formulación personal atravesada siempre por la ideología plasmándose sobre el poema.

Desde 1966 hasta ahora, Millares escogió el silencio y el retiro propios contra el silencio y el retiro que le impulsaron las circunstancias. Ese silencio ha fructificado ahora con dos libros que se indican al principio; ese retiro termina nuevamente ahora con una producción que si no es diametralmente opuesta a toda su poesía anterior, desde el punto de vista del contenido, del significado, sí es básica-

—en la madurez— sostiene al poeta—sin más, sin que su misma lucha vital pueda ya con la forma poética, con los nuevos formatos de un mismo contenido...— que siempre existió en Agustín Millares, poeta que ha pugnado—tal vez a su pesar— por salir a flote, por romper la costra terminantemente ideológica para replantearse de nuevo la poesía: no como un medio, sino como un fin; es decir, no como un contenido—sólo y eso—, sino como un maridaje de significante y significado, donde tanto monta lo uno como lo otro. ■ J. J. ARMAS MARCELO.

Un antropólogo heterodoxo

Cuando uno lee ciertos libros de antropología, es inevitable llegar a la conclusión de que, por alguna razón misteriosa, se sienten atraídos por esa ciencia las personas menos indicadas para comprender lo humano bajo ninguno de sus aspectos. Investigadores que podrían haber sido indudablemente brillantes entomólogos, microbiólogos de mérito o notables geólogos se sienten incunablemente atraídos por la observación de los hombres y sus usos; desdichadamente, llevan a esta observación y a la explicación que dan de ella las características conceptuales de la vocación reprimida para la que están realmente dotados. En la mayoría de los casos, operan desde unas categorías firmemente establecidas en las que se da por supuesto, antes de comenzar a investigar, casi todo lo que sería precisamente interesante esperar a deducir de las observaciones realizadas. No sólo suponen que en todos los pueblos del mundo deben regir los supuestos de la razón científica, tal como ésta quedó establecida por el positivismo en el pasado siglo, sino que convierten en «indispensable sentido común» los empobrecedores pre-

juicios y manías que constituyen lo que se ha dado en llamar «saber académico». El resultado no puede ser más desalentador. Personas notoriamente carentes de imaginación deben estudiar culturas cuyos miembros han desarrollado en alto grado la imaginación colectiva y se rigen de acuerdo con ella; gentes que consideran cualquier comportamiento religioso como oscurantista o fanático deben enjuiciar formas de vida en las que la religión es poderío de la comunidad y perfección del individuo, y, ante todo, señores que tienen perfectamente claro que el hombre no puede aspirar a nada mejor sobre la tierra que a formar parte de la cultura tecnológica según los modelos más desarrollados del mundo actual, deben llegar a la conclusión de que las restantes civilizaciones «salvajes» son simplemente abortos bárbaros o proyectos atrofiados, buenos todo lo más para ilustrarnos sobre el brutal y oscuro pasado de nuestra especie. Pero, ¿y si las culturas primitivas no tuviesen especial interés como ilustración de nuestro pasado, pero pudieran enseñarnos cosas inapreciables para ayudarnos a soportar nuestro futuro?

De vez en cuando aparece un raro espécimen de etnólogo que se rebela contra este estado de cosas, y se niega tanto al positivismo esterilizador como a la taxonomía estructuralista y demás «mungojumbos». El caso de la «conversión» de Carlos Castaneda por el brujo yaquí Don Juan es uno de los más notables, pero en modo alguno el único modelo de heterodoxia posible. Hace cuarenta años murió un antropólogo maldito, una parte sustancial de cuya obra se nos presenta ahora en castellano (1). Arthur M. Hocart, contemporáneo

(1) «Mito, ritual y costumbre. Ensayos heterodoxos», de A. M. Hocart, Siglo XXI de España, 1975.